

y estrechándoles el enemigo por frente y retaguardia, quedaron envueltos en seguida. El ejército entero hubiese quedado destruído, de perseguir los vencedores á los fugitivos; pero la caballería quedó detenida por los desfiladeros y las dificultades del terreno, y la infantería por el peso de las armas. El rey huyó al principio á toda brida y sin mirar atrás: al cabo de cinco millas, pensando con razón que el enemigo no había podido seguirle por aquellos caminos casi impracticables, se detuvo en una altura y envió jefes en todas direcciones para reconocer las colinas y recoger los fugitivos. No perdió más de dos mil hombres; el resto del ejército se reunió en un solo cuerpo, como si hubiese marchado bajo la misma enseña, y se dirigió en masa hacia la Tesalia. Los romanos, después de haber perseguido á los vencidos, mientras pudieron hacerlo sin peligro, matando á los que cogían y despojándolos en seguida, volvieron para saquear el campamento del Rey, en el que entraron con trabajo, á pesar de no estar defendido, y después pasaron la noche en su propio campamento.

Á la mañana siguiente continuó el Cónsul la persecución, penetrando en el angosto valle por donde se ha abierto cauce el río. Filipo llegó en el primer día al campamento de Pyrrho: el paraje llamado así se encuentra en la Trifilia de Melotida. Al día siguiente, aguijoneado por el temor, hizo una marcha forzada y ganó la cadena de Lingon, montañas del Epiro que se extienden entre la Macedonia y la Tesalia. La vertiente oriental descende hacia la Tesalia, la septentrional da frente á la Macedonia. Están cubiertas de espesobosque, pero en sus cumbres más elevadas se extienden grandes llanuras y abundan en manantiales. El Rey

estableció allí sus cuarteles por algunos días, vacilando entre marchar á encerrarse en su reino ó intentar de nuevo la entrada en Tesalia. Decidióse al fin á bajar á Tesalia con su ejército, y llegó á Tricea por el camino más corto; en seguida recorrió rápidamente las ciudades que se encontraban á su paso, arrastrando con él á cuantos se encontraban en estado de seguirle, incendiando las plazas fuertes, dejando á los habitantes la libertad de llevarse todo lo que podían tomar de sus efectos y abandonando el resto al pillaje de los soldados. En una palabra, cuantas crueldades pueden esperarse de un enemigo las realizó Filipo con sus aliados. Mucho deploraba él mismo tener que entregarse á aquellos excesos, pero aquel país iba á pertenecer muy pronto á los romanos y quería no dejar, al menos, á su arbitrio las personas de sus aliados. De esta manera destruyó las plazas de Facia, Iresia, Euhydria, Eretria y Falefarsala. Presentóse delante de las murallas de Feras, que le cerró sus puertas, y como necesitaba tiempo para forzarlas y estaba de prisa, renunció á la empresa y pasó á Macedonia, porque decían que también le amenazaban los etolios. Á la noticia del combate librado en las orillas del Aous, habían talado primeramente los terrenos inmediatos que se extienden en derredor de Sperquias y del paraje llamado Macrán; entrando en seguida en Tesalia, tomaron al primer asalto Cymenas y Angeas. Avanzaron hasta Metrópolis, talando los campos, pero los habitantes acudieron á la defensa de sus murallas y rechazaron á los etolios. Desde allí marcharon á atacar á Calithera y sostuvieron con más firmeza el choque de los sitiados, que habían hecho una salida, les arrojaron al recinto de las murallas, y limitándose á este triunfo, porque no po-

dían esperar á apoderarse de la plaza, se retiraron, tomaron los pueblos de Theuma y de Calathana que entregaron al saqueo, recibieron la sumisión de Aarras, y con el terror de sus armas obligaron á huir á los habitantes de Xynias. Estos fugitivos encontraron el destacamento que iba á guarnecer á Thamancia para asegurar los aprovisionamientos, que degolló implacablemente á aquella confusa multitud de hombres desarmados, mujeres y niños. Xynias, que quedó desierta, fué entrada á saco. Después se apoderaron los etolios de la fortaleza de Cyfara, cuya ventajosa posición domina la Dolopia. Todo esto fué obra de pocos días. Tampoco permanecieron en reposo Amyndro y los athamanos cuando se enteraron de la victoria de los romanos.

Amyndro, que no confiaba mucho en sus soldados, pidió al Cónsul ligero refuerzo, y marchó contra Gomfos. En el camino tomó por asalto la plaza fuerte de Feca, situada entre Gomfos y el estrecho desfiladero que separa la Tesalia de la Athamania. En seguida atacó á Gomfos, cuyos habitantes se defendieron durante algunos días con mucho vigor; pero cuando vieron las escalas aplicadas á las murallas, el temor les hizo rendirse. La caída de esta ciudad propagó profundo terror por la Tesalia, y vióse capitular sucesivamente las guarniciones de Argento, Ferina, Thimara, Lisina, Stimón, Lapsa y otras poblaciones inmediatas menos importantes. Mientras los athamanos y los etolios marchaban sin temor por el lado de Macedonia para recoger el fruto de la victoria de los romanos y la Tesalia se veía devastada por tres ejércitos á la vez, sin poder distinguir los enemigos de los aliados, el Cónsul pasó por el desfiladero que la fuga de Filipo dejó

abierto delante de él, y penetró en el Epiro. Sabía bien que los epirotas, exceptuando á su jefe Caropo, no habían adoptado su causa; pero viendo que el deseo de reparar su falta les hacía aumentar el cuidado en cumplir sus órdenes, atendió más á sus disposiciones presentes que á las pasadas, y la misma facilidad con que les perdonó le atrajo todos los ánimos para lo venidero. En seguida envió mensajeros á Corcyra para que las naves de transporte viniesen á fondear en el golfo de Ambracia (1), continuó su marcha á cortas jornadas, y al cabo de cuatro días acampó sobre el monte Cercecio, donde se le reunieron Amyndro y sus athamanos, no porque necesitase socorros, sino porque quería tomarle por guía en la Tesalia. Por la misma razón tomó entre sus auxiliares á la mayor parte de los epirotas que se le ofrecieron voluntariamente.

La primera ciudad de Tesalia que atacó fué Faloria, guarnecida por dos mil macedonios que se defendieron con mucho vigor, mientras tuvieron armas y les pudieron proteger las murallas; pero comprendiendo el Cónsul que la sumisión del resto de la Tesalia dependía del éxito de su primera empresa, estrechó el sitio día y noche sin descanso, y sus esfuerzos triunfaron de la resistencia de los macedonios. Después de la toma de Faloria recibió los legados de Metrópolis y de Piera, que venían á ofrecer su sumisión y á pedir gracia: perdonóles, pero incendió á Faloria y la entregó al saqueo. En seguida marchó sobre Eginia; pero viendo que esta plaza, aunque defendida por débil guarnición, era

(1) El golfo de Ambracia, hoy golfo de Larta, era una inmensa bahía, entre el Epiro y la Acarnania, unida al mar Jónico por un canal muy estrecho.

casi inexpugnable, mandó solamente arrojar algunos venablos sobre el puesto más avanzado y regresó á Gomfos. Bajó en seguida á las llanuras de la Tesalia, donde su ejército careció muy pronto de todo, porque había respetado las tierras de los epirotas. Aseguróse, pues, ante todo, si sus naves de transporte estaban fondeadas en Lancada ó en el golfo de Ambracia, y envió sucesivamente cada cohorte para hacer provisiones. El camino que lleva de Gomfos á Ambracia es escabroso y difícil, pero muy corto. Pocos días bastaron para trasladar las provisiones del mar al campamento y devolverle la abundancia. El Cónsul partió en seguida para Atrax, que se encuentra á unas diez leguas de Larisa: los habitantes son originarios de la Penhebia y la ciudad está situada en las orillas del Peneo. No se asustaron los tesalianos á la llegada de los romanos: si Filipo no se atrevía á avanzar por su país, había colocado su campamento en el valle de Tunpe y enviaba oportunamente socorros á todos los puntos amenazados por el enemigo.

Casi en la misma época en que el Cónsul marchó por primera vez á situarse enfrente de Filipo, en las gargantas del Epiro, su hermano L. Quincio, á quien el Senado había encargado la flota y la defensa de las costas, abordó á Corcyra con dos quinqueremes; pero enterado de que la flota había partido, se hizo en seguida á la vela. Llegado á la isla de Zama, despidió á L. Apustio, á quien reemplazaba, y se dirigió al cabo Melea, aunque lentamente, obligado á veces á llevar á remolque las naves cargadas de provisiones. En seguida dejó el cabo Melea con tres quinqueremes ligeras, dando al resto de la flota orden de seguirle con toda la presteza posible, y llegó, el primero al Pireo, donde

encontró las naves que dejó allí para la defensa de Atenas el legado L. Apustio. Al mismo tiempo partieron dos flotas del Asia, una de veinticuatro quinqueremes con el rey Atalo, y otra de veinte naves cubiertas que suministraban los rodios y mandaba Agesimbrotos. Estas se reunieron cerca de Andros, y se dirigieron á la Eubea, separada de esta isla por estrecho brazo de mar. Primeramente talaron el territorio de Carysto; pero habiendo puesto la plaza al abrigo de toda sorpresa un refuerzo enviado apresuradamente de Calcis, se acercaron á la Eretria. Enterado L. Quincio de la llegada del rey Atalo, se le reunió cerca de esta ciudad con las naves que se encontraban en el Pireo, y dejó á su flota, que debía arribar á aquel puerto, orden de dirigirse á la Eubea. Estrechóse fuertemente á Eretria: además de que las naves de las tres flotas reunidas llevaban máquinas de guerra y todos los aparatos á propósito para batir una plaza, los campos vecinos suministraban bastantes materiales para construir nuevas obras. Los sitiados se defendieron al principio con valor; pero extenuados al fin de fatiga, cubiertos de heridas y viendo derribada parte de sus murallas por los esfuerzos del enemigo, pensaron en rendirse. Pero ocupaba la ciudad una guarnición macedónica á la que temían tanto como á los romanos. Filocles, prefecto de Filipo, les decía desde Calcis que llegaría oportunamente para defenderles si prolongaban el sitio. Estas alternativas de temores y esperanzas les obligaron á procurar ganar más tiempo del que hubiesen querido y podían ganar. Pero cuando supieron que Filipo había sido rechazado y que había entrado desordenadamente en Calcis, enviaron á invocar la misericordia y protección de Atalo. La esperanza de la paz les hizo descui-

dar la defensa: contentáronse con establecer guardias en el punto donde estaba abierta la brecha y no ocuparon el resto de las murallas. Quincio dirigió durante la noche un ataque al punto menos vigilado, y entró en la plaza por asalto. Todos los habitantes se refugiaron en tropel en la fortaleza con sus mujeres y sus hijos, y á poco capitularon. Encontróse poco oro y plata; pero el número de estatuas y de cuadros pintados por maestros antiguos y obras maestras de toda especie fué muy considerable para una ciudad de su extensión y riqueza.

En seguida volvieron hacia Carysto, cuyos habitantes no esperaron que las tropas desembarcasen para abandonar la ciudad y refugiarse apresuradamente en la fortaleza; desde donde enviaron á implorar gracia de los romanos. En el acto se concedió la vida y la libertad á los carystios, pero en cuanto á los macedonios se exigió para dejarlos partir trescientas piezas de oro por cabeza y la entrega de las armas. Pagado este rescate, fueron desarmados y trasladados á Beocia. La flota, que en tan pocos días se había apoderado de dos ciudades tan importantes de la Eubea, dobló el cabo Sumnio, en Ática, y abordó á Cencreas, uno de los mercados de Corinto. Entretanto veía el Cónsul prolongarse el sitio de Atrax y resultar más mortífero de lo que se creía, encontrando mayor resistencia en el momento en que menos la esperaba. En efecto, había creído que toda la dificultad consistiría en derribar la muralla, y que una vez abierta la brecha á sus soldados no tendrían más que perseguir y matar fugitivos, como ordinariamente acontece en las ciudades tomadas por asalto; pero cuando los arietes hubieron derribado un lienzo de muralla, y entraron por la brecha en la ciu-

dad los romanos, tuvieron que comenzar, por decirlo así, nuevo trabajo, como si nada hubiesen hecho. Los macedonios que formaban la guarnición eran numerosos y escogidos. Persuadidos de que sería más glorioso para ellos defender la ciudad con su valor y sus brazos que al abrigo de las murallas, se reunieron en masa, formaron con muchas filas una columna impenetrable, y cuando vieron que los romanos habían atravesado la brecha, les atacaron en medio de los escombros, donde la retirada era muy difícil, y los rechazaron. El Cónsul se irritó sobremanera, porque aquel fracaso no solamente podía retrasar la toma de la ciudad, sino influir en el resultado de la guerra, que muchas veces depende de circunstancias poco importantes. Hizo, pues, limpiar el paso, entorpecido por los escombros de la muralla, y avanzar una torre muy alta, con muchos pisos, que ocupaban numerosos soldados; en seguida envió sus cohortes, una tras otra, contra la cuña macedónica (que ellos llaman falange) para que penetrasen en ella, si era posible; pero la estrecha abertura que ofrecía la brecha de la muralla era favorable para las armas y la táctica del enemigo. Sus apretadas filas estaban erizadas por un bosque de largas lanzas, y la compacta masa de sus escudos formaba como una tortuga, contra la que en vano arrojaron los romanos sus pequeños venablos. En seguida empuñaron las espadas, pero no podían acercarse á los macedonios ni cortar sus largas lanzas; si conseguían cortar ó romper algunas, sus agudos trozos quedaban entre los hierros de las enteras, formando celosía. Además, la parte de muralla que no estaba derribada cubría por derecha é izquierda los flancos de los macedonios, que tenían que recorrer corto espacio para replegarse ó avanzar,

movimientos que casi siempre desordenan las filas. Una circunstancia fortuita vino á reanimar su valor. Cuando hacían avanzar la torre sobre la plataforma, cuyo suelo no estaba bastante firme, una rueda se hundió en profundo bache, inclinándose la torre hasta el punto de creer el enemigo que iba á caer y que los romanos que ocupaban el interior experimentasen un momento de vértigo.

El Cónsul consideraba inútiles todos sus esfuerzos, y, con profundo disgusto, oyó hacer una comparación desfavorable á sus soldados y á sus armas. Por otra parte, no veía esperanza alguna próxima de rendir la plaza, ni medio de invernarse cerca del mar, en un país arruinado por los estragos de la guerra. Renunció, pues, al sitio, y como toda la costa de la Acarnania y de la Etolia no le ofrecía puerto bastante espacioso para recibir al mismo tiempo todas las naves de transporte cargadas con las provisiones del ejército, marchó á establecerse en Anticyra, ciudad de la Focida, en el golfo de Corinto, cuya situación le pareció la más conforme con sus deseos, y que, sin alejarse demasiado de la Tesalia y de los puestos enemigos, tenía enfrente el Peloponeso, que solamente estaba separado por estrecho brazo de mar, por la espalda la Etolia y la Acarnania, y á derecha é izquierda la Locrida y la Beocia. En Focida tomó, al primer ataque y sin combate, la ciudad de Fanotea. El sitio de Anticyra no le detuvo mucho tiempo. En seguida se apoderó de Ambryso y Hyampolis. Daulis, situada sobre una altura muy considerable, no podía ni tenía que temer asalto ni sitio regular. A fuerza de hostigar á la guarnición con venablos, los romanos la atrajeron fuera de las murallas; después, huyendo ó atacando sucesivamente y trabando lige-

ros combates sin resultado, les infundieron tal desprecio y tanta seguridad, que al fin un día les rechazaron hasta las puertas y se precipitaron mezclados con ellos en la ciudad: otras seis plazas de la Focida, menos conocidas, capitularon, más por temor que por la fuerza de las armas romanas. Elacia cerró sus puertas y parecía que solamente la fuerza podría obligarla á recibir en su recinto al general romano y sus legiones.

El Cónsul había puesto sitio á Elacia cuando vió brillar la esperanza de conquista más importante: la de la liga aquea, que convenía separar de la alianza de Filipo y hacer entrar en el partido de los romanos. Cycliades, jefe del partido del Rey de Macedonia, acababa de ser expulsado: el nuevo pretor era Arístenes, que aconsejaba reunirse á los romanos. La flota romana estaba anclada en Cencrea con Atalo y los rodios, y todos de acuerdo, se disponían á sitiar á Corinto. El Cónsul consideró que antes de intentar esta empresa sería conveniente enviar una legación á los aqueos, prometiéndoles, si pasaban de Filipo á los romanos, que harían entrar á Corinto en la liga aquea. Según opinión del Consejo, los legados debían hablar en nombre de su hermano L. Quinccio, de Atalo, de los rodios y de los atenienses. Recibiéronles en Sicyona. Entre los aqueos no había conformidad de opiniones, porque temían á Nabis (1), tirano de Lacedemonia, cuyas continuas hostilidades les perjudicaban mucho, y temían también al poder romano: estaban unidos á los lacedemonios por beneficios antiguos y recientes; pero sospechaban del Rey, cuya crueldad y perfidia conocían bastante

(1) Usurpó la autoridad después de Machanidas, hacia el 206 antes de J. C. Sabido es que no conservó el poder sino á fuerza de destierros, suplicios y confiscaciones.

para juzgar de la conducta que había adoptado entonces por las circunstancias, y preveían que después de la guerra sería para ellos señor más imperioso que antes. No solamente carecían de pensamiento concreto, tanto en los senados particulares, como en la Asamblea general de la nación, sino que cada ciudadano, después de meditar el asunto, no estaba muy seguro de lo que quería y deseaba. En medio de estas vacilaciones recibieron á los legados y les concedieron la palabra. Oyóse primero al romano L. Calpurnio; después á los del rey Atalo, y en seguida á los rodios. Los legados de Filipo hablaron después, oyéndose en último lugar á los atenienses, que se encargaron de refutar las afirmaciones de los macedonios. Estos lanzaron violentas acusaciones contra el Rey, porque ningún pueblo había sufrido ultrajes más numerosos ni más sangrientos. La asamblea se disolvió al obscurecer, habiendo consumido todo el día los sucesivos discursos de los legados.

A la mañana siguiente se celebró otra sesión: según costumbre de los griegos, el pregonero invitó á nombre de los magistrados á que tomase la palabra el que tuviese que emitir alguna opinión, pero no se presentó nadie; los aqueos se miraban unos á otros, y por mucho tiempo reinó profundo silencio en la asamblea. Esto no era extraño. Si el choque de tantos intereses diversos había debido por su natural efecto dejar los ánimos perplejos, todos aquellos discursos encaminados durante un día entero á desarrollar y poner de manifiesto las dificultades que aparecían por todas partes, debían haber aumentado la confusión. Al fin, Arístenes, pretor de la liga, queriendo impedir que se separasen sin haber decidido nada, exclamó: «Aqueos, ¿qué se ha hecho

de aquel calor que os animaba en medio de los festines y de las reuniones cuando se llegaba á hablar de Filipo y de los romanos y cuando llegabais casi á las manos? Hoy, que os encontráis reunidos casi expresamente con este objeto, que habéis escuchado á los legados de los dos partidos, que vuestros magistrados os piden una decisión, que el pregonero os invita á hablar, permanecéis en silencio. Si la salvación común no os interesa (1), el interés particular que á cada uno os inclina por Filipo ó por los romanos, ¿no puede arrancaros una palabra? Seguramente no hay aquí nadie tan obtuso que no comprenda que el momento de decidirse y manifestar el partido que se prefiere, es éste en que nada se ha decidido aún. Cuando se haya tomado una resolución, necesario será que todos, hasta los que la hayan desaprobado, la defiendan como pacto útil y saludable.» Estas palabras del pretor no produjeron efecto, porque, no solamente no habló nadie, sino que ni siquiera se oyó el más ligero murmullo en aquella asamblea tan numerosa, formada de tantos pueblos diferentes.

Entonces dijo Arístenes: «Jefes de los aqueos: vosotros no habréis perdido seguramente el entendimiento y la palabra; pero ninguno de vosotros quiere á su propio riesgo proponer una medida de interés público; y tal vez yo también guardaría silencio si fuese individuo

(1) Reinaba entonces en toda la Grecia deplorable indiferencia por los asuntos públicos. Atenas, por ejemplo, no tenía más que oradores tan cobardes como locuaces, y no daba decretos más que para adular á los reyes aliados suyos, ó para lanzar imprecaciones contra Filipo. En Beocia estaban cerrados los tribunales, suspendidas las asambleas públicas, y los moribundos legaban sus bienes á sus amigos para que los disipasen en festines.

particular: como pretor, creo que era necesario, ó no haber concedido audiencia á los legados, ó ahora no dejarles marchar sin respuesta. Pero ¿cómo puedo yo dar esta respuesta sin un decreto emanado de vosotros? Llamados todos á esta asamblea, ninguno quiere ó se atreve á manifestar una opinión cualquiera. Pues bien; consultemos los discursos que ayer pronunciaron los legados; supongamos, para formar opinión, que no pidieron lo que les interesa, sino que solamente aconsejaban lo conveniente á nuestra causa. Los romanos, los rodios y Atalo solicitan nuestra alianza y amistad, y quisieran que fuésemos auxiliares suyos en la guerra que sostienen contra Filippo. Éste nos recuerda la alianza que ajustamos con él y nuestros juramentos; en tanto nos exige que acudamos bajo sus enseñas, en tanto se declara satisfecho si permanecemos neutrales. ¿No ha adivinado nadie por qué los que todavía no son aliados nuestros se muestran más exigentes que nuestro aliado mismo? No debe atribuirse esta diferencia ni á la moderación de Filippo ni á la altivez de los romanos: los puertos de la Acaya son los que alientan á los unos en sus peticiones, y disminuyen la confianza del otro. De Filippo solamente vemos al legado; pero los romanos tienen su flota anclada en Cencreas, mostrando orgullosamente los despojos de las ciudades de la Eubea, y vemos al Cónsul al otro lado del estrecho que nos separa de él, recorriendo sin obstáculo con sus legiones la Focida y la Locrida. ¿Podéis extrañar la dificultad que experimenta Cleomedón, el legado de Filippo, para invitarnos á tomar las armas contra los romanos y en favor del Rey? Pero si en virtud de ese mismo tratado y de esos mismos juramentos, cuya santidad nos ha recordado, le pidiésemos que su señor nos protegiese

igualmente contra Nabis y los lacedemonios y contra los romanos, lejos de enviarnos un socorro para salvarnos, ni siquiera sabría qué respondernos. No, no mostraría mejor fe que mostró el mismo Filippo el año anterior. Cuando ofreció hacer la guerra á Nabis, ¿no fué para atraer á nuestros jóvenes á sus enseñas y llevarlos á la Eubea? Pero viendo que le negábamos este apoyo, y que no queríamos comprometernos en la guerra con los romanos, no se cuidó de esta alianza que quiere hacer valer hoy, y dejó que Nabis y los lacedemonios talasen y devastasen nuestros campos. Debo confesar que el discurso de Cleomedón no me ha parecido muy coherente en sus diferentes partes: procuraba disminuir la importancia de la guerra que los romanos hacen á Filippo, y aseguraba que tendría el mismo resultado que la anterior. ¿Por qué reclama Filippo desde lejos nuestro auxilio, en vez de venir en persona á defender antiguos aliados contra Nabis y á la vez contra los romanos? ¿qué digo antiguos aliados? ¿no ha dejado tomar Eretria y Carysto y todas las ciudades de la Tesalia? ¿y la Locrida y la Focida? ¿No ve hoy mismo con indiferencia el sitio de Elacia? ¿Por qué abandonó las gargantas del Epiro y aquella posición inexpugnable en las orillas del Aous, que cerraba la entrada de sus Estados? ¿Debía por fuerza, por temor ó voluntariamente abandonar el desfiladero que ocupaba y retirarse al fondo de la Macedonia? Si voluntariamente ha entregado tantos aliados á las devastaciones del enemigo, ¿puede reprobar que sus aliados piensen también en sus intereses? Y si ha sido por temor, debe excusar también nuestros temores. Si solamente ha retrocedido por consecuencia de una derrota de Cleomedón, ¿cómo hemos de resistir nosotros las armas romanas, cuando vosotros

los macedonios no habéis podido resistirlas? ¿Hemos de creer, como decís, que los romanos no despliegan más fuerzas ni más energía en esta guerra que en la anterior, cuando estamos viendo lo contrario? Antes no hicieron otra cosa que ayudar con su flota á los etolios; no tenían á su cabeza un cónsul, no enviaron un ejército consular; los aliados de Filipo temían por sus ciudades marítimas, y sus costas estaban alarmadas; pero en el interior se temía tan poco á las armas romanas, que Filipo pudo devastar la Etolia, que en vano imploraba el socorro de Roma. Hoy que los romanos se ven libres de la guerra púnica, que durante diez y seis años ha desgarrado, por decirlo así, las entrañas de Italia, no ha sido un refuerzo lo que han enviado para secundar la guerra de los etolios; ellos mismos se han encargado de esta guerra y han atacado á la Macedonia por mar y tierra á la vez: éste es ya el tercer cónsul que combate á Filipo con encarnizamiento. Sulpicio le combatió en medio de la misma Macedonia, derrotándole y ahuyentándole; Quincio le ha forzado hoy en las gargantas del Epiro, á pesar de las dificultades del terreno, de las fortificaciones que el Rey había construido allí y de un numeroso ejército; le arrojó de su campamento, le persiguió en su fuga hasta la Tesalia, y, casi á su vista, se ha apoderado de las guarniciones y de las ciudades que le eran afectas. Pero supongamos que no son ciertas las acusaciones de avaricia y desenfreno que los legados atenienses dirigieron en otro tiempo contra el Rey; no nos ocupemos de los sacrilegios cometidos en Ática contra los dioses celestiales é infernales; prescindamos de los sufrimientos de Cío y de Abydos, cuyos habitantes están lejos de nosotros. Olvidemos, si os place, nuestras propias desgracias, las matanzas y saqueos realizados

en Messena, en el seno mismo del Peloponeso; la muerte de Garitenes, nuestro huésped de Cyparisia, asesinado en un festín contra todo derecho; el asesinato de los dos Aratos (1) de Sicyona, el padre y el hijo, especialmente el del primero, aquel desgraciado anciano á quien Filipo se complacía en llamar padre; en fin, el rapto de la esposa del joven Arato, á la que hizo llevar á Macedonia para satisfacer sus pasiones. Olvidemos también la deshonor de tantas doncellas y tantas madres; admitamos que no tenemos que tratar de Filipo, cuya crueldad os espanta hasta el punto de haceros enmudecer, porque no puedo explicarme de otra manera vuestro silencio cuando estáis reunidos para deliberar. Supongamos que es con Antígono (2), el rey más benigno y amable y que nos ha prestado mayores servi-

(1) Sabido es que Arato, hijo de Clinias y de Aristhodemá, fué jefe de la liga acayana, en la que hizo entrar á Sicyona, Corinto, Atenas y Megalópolis. Había pedido socorros á Filipo contra los etolios; pero no tuvo que felicitarse de la amistad de aquel rey, que sedujo á su nuera, y hasta obligó á su esposa Poyracia á que le siguiese á Macedonia. Entonces rompió con el Rey, que le hizo envenenar á la edad de sesenta y dos años, el 213 antes de J. C. Como sus amigos extrañaban algunos días antes de su muerte el verle escupir sangre, les dijo: «Este es el fruto de la amistad de los reyes.» Su hijo desempeñó también la primera magistratura entre los aqueos, y murió como su padre, víctima de la perfidia de Filipo.

(2) Antígono Dosón, tío paterno y tutor de Filipo, á quien precedió, dominó en todo el Peloponeso, menos por la fuerza que por el cariño. Obligó á los etolios á vivir en paz sin saquear á sus vecinos, y venció á Cleomano en Salesia. Favorecido por Arato, adquirió tal autoridad entre los aqueos, que le nombraron general en jefe de sus fuerzas terrestres y marítimas, y dieron un decreto por el que se obligaban á no enviar legados á ninguna potencia sin expreso permiso de aquel príncipe. En fin, para colmo de baja, le ofrecieron libaciones y sacrificios, celebraron juegos en su honor y le consideraron como dios.



cios, con el que estamos en discusión: pues bien; ¿nos pediría lo que es imposible hacer? El Peloponeso es una península unida al continente por estrecho istmo; la guerra más fácil contra este país y á la que está más expuesto es la marítima. Si ocurre que cien naves cubiertas, cincuenta ligeras y no cubiertas y treinta isai-cas comienzan á talar las costas y á poner sitio á las ciudades situadas casi en la playa, ¿buscaremos asilo en el interior, como si el fuego de la guerra no fuese á penetrar y no abrasase las mismas entrañas del país? Cuando Nabis y los lacedemonios nos estrechen por tierra, y la flota romana por el mar, ¿cómo podremos implorar la protección del Rey y el apoyo de los macedonios? Reducidos á nuestras propias fuerzas, ¿defenderemos contra los romanos las ciudades sitiadas? ¿Defendimos tan bien Dymas en nuestra guerra anterior! Los desastres de otros pueblos nos proporcionan bastantes lecciones; no procuremos servir á nuestra vez de lección á los demás. Porque los romanos vienen á pedir vuestra amistad, no vayáis á despreciar una alianza que debíais desear y buscar con apresuramiento. ¿Se dirá que el temor que experimentan en tierra extranjera y el deseo de cobijarse á la sombra de vuestra protección tutelar es lo que les mueve á buscar abrigo en vuestra amistad para que se les admita en vuestros puertos y asegurarse provisiones? ¡Cómo! ¿no son dueños del mar? ¿No les basta abordar á un país para someterle en seguida á su poder? Lo que os piden os lo pueden imponer por la fuerza; y porque quieren evitaros males, no permiten que os expongáis á una pérdida cierta. La neutralidad que en otro tiempo os presentaba Cleomedón como término medio y el partido más prudente que podíais seguir, no es término medio, es cosa imposible. Estamos

en el caso de aceptar ó rechazar la alianza de los romanos; además, ¿qué será de nosotros, cuando no tenemos amigos en ninguna parte, habiendo esperado los acontecimientos para aconsejarnos de la fortuna? Seremos irremisiblemente presa del vencedor. Os lo repito: no desdeñéis porque se os ofrece una alianza que debéis desear con ansia: si hoy podéis elegir entre los dos extremos, no podréis hacerlo siempre, y no encontraréis con frecuencia, muy pronto no encontraréis ya, tan excelente ocasión. Mucho tiempo hace que deseáis separaros de Filipo, pero no os atrevéis. Pues bien; sin que os cueste fatigas ni peligros, ahí tenéis libertadores que han pasado el mar para vosotros con flotas y ejércitos considerables. Rechazar su alianza es locura; pero es indispensable tenerlos por amigos ó enemigos.

Largo murmullo siguió á la oración del pretor, aprobando unos y rechazando otros públicamente aquellas aprobaciones. Muy pronto aquel altercado de uno á otro, pasó de pueblo á pueblo. Los mismos magistrados de la liga, llamados *damurgos*, y que son en número de diez, se entregaban á violentos debates á ejemplo de la multitud; cinco declararon que iban á proponer alianza con los romanos y á recoger los votos; los otros cinco invocaban sobre sus colegas los términos de la ley que prohibía á los magistrados presentar, y á la asamblea general adoptar, ninguna proposición contraria al tratado ajustado con Filipo. El día entero pasó en discusiones, y uno sólo quedaba á la asamblea para decidirse, porque exigía la ley que todo decreto se diese dentro de tercero día. Tan violenta fué la animosidad, que los padres casi levantaron la mano á sus hijos. Uno, llamado Rhiaso, de Pelena, era padre de un *damurgo*, nombrado Memnón, que se oponía á la lectura

del decreto y á que se recogiesen los votos. Rogóle por largo rato que dejase á los aqueos la libertad de atender á su conveniencia, exhortándole á renunciar á una oposición que debía perder á todo el país; y como los ruegos no producían efecto, juró tratarle no como á hijo, sino como á enemigo, y matarlo por su mano, amenaza que decidió al magistrado á unirse á la mañana siguiente con los partidarios de la libertad, con lo cual se encontraron éstos en mayoría y presentaron la proposición. Parecía que la asamblea casi completa iba á adoptarla, cuando los de Dymas y Megalópolis y algunos argivos se levantaron antes de que se diese el decreto, y abandonaron la asamblea sin que su marcha produjese la menor sospecha ni el más ligero murmullo de desaprobación. Los megalopolitanos, arrojados en otro tiempo de su patria por los lacedemonios (1), fueron devueltos á ella por Antígono; en cuanto á los dimeos, después de la toma y saqueo de su ciudad por los romanos, Filipo les hizo rescatar en todas partes donde la esclavitud les había llevado, devolviéndoles á la vez patria y libertad. En fin, los argivos, creían que los reyes de Macedonia eran originarios de su país, y por otro lado, la mayor parte de ellos estaban personalmente unidos á Filipo por lazos de hospitalidad ó por los de íntimo trato. Estos fueron los motivos que les llevaron á salir de una asamblea dispuesta á favor de una alianza con Roma, y su marcha pareció justificada por los grandes y recientes favores que debían á Filipo.

(1) Cleomano, tirano de Esparta, arrojó á los megalopolitanos de su ciudad. Retiráronse á Messena y los restableció en su patria Antígono Dosón, que derrotó á Cleomano, tomó á Esparta y devolvió la paz á Grecia.

Llamados á votar los otros pueblos de la liga aquea, confirmaron en el acto por un decreto su alianza con los rodios; el tratado con los romanos, que no podía ratificarse sino por un plebiscito, quedó aplazado para la época en que pudieran enviar legados á Roma. Por el momento se decidió que marcharían tres legados cerca de L. Quincio y que todo el ejército de la liga marcharía sobre Corinto. El general romano se había apoderado de Cencreas y sitiaba ya á la misma ciudad; y Atalo, que había hecho pasar el istmo á sus tropas, dirigía sus ataques por el lado del puerto de Lequeo, situado en el otro mar. Al principio se desplegó poca energía, esperando que en el interior estallase alguna sedición entre los habitantes y la guarnición del Rey. Pero todos estaban de acuerdo; los macedonios defendían la ciudad como su patria común, y los corintios obedecían al jefe de la guarnición, Androsthene, como hubiesen obedecido á un conciudadano investido de autoridad legítima por sus votos. Vieron, pues, los sitiadores que no había otra esperanza que la fuerza de sus armas y la actividad de sus trabajos, y elevaron calzadas en muchos puntos para facilitar el asalto de las murallas; el ariete abrió muy pronto brecha por el lado de los romanos que batían la muralla. Encontrándose aquel punto sin defensa, los macedonios acudieron á protegerlo con sus armas, trabando con los romanos encarnizada lucha. La superioridad numérica les permitió al principio rechazar fácilmente al enemigo; pero robustecidos los romanos con el socorro de los aqueos y de Atalo, restablecieron el combate, y sin duda hubiésen desalojado de sus posiciones á los macedonios y á los griegos, á no detenerles los tráfugas italianos, que eran muy numerosos en la plaza. Unos habían pa-